

está en los cielos.» Acariciad pues en vuestra alma este pensamiento tan lisonjero, y disponeos á recibir en los días sucesivos de este glorioso mes las enseñanzas de María, á fin de que aprendais sus excelsas virtudes, y aprendiéndolas las practiqueis, y practicándolas tendreis derecho á gozar de su compañía en la pátria celestial por los siglos de los siglos. Amen.



SERMON PARA EL DIA OCHO.

La fe cristiana se armoniza con la razon, y sus excelencias procuran la salvacion eterna.

Post te eurremus in odorem unguentorum tuorum.

En pos de tí correremos al olor de tus unguentos.

CANT. I.—5.

Si como dijimos en el dia antecedente, A. H. M., la Santísima Virgen María es un modelo perfecto del verdadero cristiano, modelo que debemos imitar, necesario es que desde luego comencemos el estudio de las principales virtudes y de los sublimes actos de la vida de María, gran maestra de la vida espiritual, á fin de aprender sus enseñanzas, «corriendo en pos del suavísimo olor de sus unguentos» como leemos en libro de los Cantares. Necesariamente debemos empezar por el exárcen de la fe católica, como que esta es la base de todas las calidades sobrenaturales, y tanto, que sin ella no podemos amar ni honrar á Dios, ni tampoco esperar en Él para justificarnos y salvarnos, toda vez que ha dicho el Apóstol que «sin fe es imposible agradar á Dios, pues es necesario que el que se llega á Dios crea que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan.»

La Virgen Santísima Maria recibió desde luego la fe, este don sublime del Espíritu Santo, esta luz clarísima que disipa con sus fulgores celestiales las tinieblas de nuestra pobre

y limitada inteligencia; que viene á ser como la misteriosa columna de fuego que dirige á los verdaderos israelitas por los senderos del desierto que atravesamos desde la cuna al sepulcro, á través de tantos peligros, y de tantos y tan obstinados enemigos que nos combaten, y semejante á la estrella de la mañana que luce en nuestra alma y la previene para recibir ulteriores luces, nuevas gracias del sol divino de justicia Jesucristo, «autor y consumidor de nuestra fe,» como lo llama S. Pablo. María entonces sintió ilustrado con luz vivísima su entendimiento, y animado su corazón con un nuevo hálito de vida, porque escrito está que «el justo vive de fe;» y creyó en la existencia del eterno Padre que le enviaba uno de los purísimos ángeles para anunciarla el misterio adorable de la Encarnación divina, y creyó en la existencia del Hijo á quien concebía en sus entrañas virginales, y creyó en la existencia del Espíritu Santo por cuya obra y virtud concebía milagrosamente al Hijo del Altísimo. ¡Ah! María, además del misterio estupendo de la Trinidad santísima, creyó que el Niño pobre que había dado á luz en el abandono del establo de Belén era aquel de quien dijo Isaias: «Ha nacido un chiquito para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz. Se estenderá su imperio por todo el mundo, y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el sólio de David y sobre su reino, para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.»

¡Que bellos y estensos horizontes descubria la fe á la Madre del amor hermoso! En Jesús su Hijo veía sin sombras al Criador del universo, al Redentor y Maestro que esperaban las naciones, «al que era la espectación de las gentes;» veía los triunfos de su divina gracia en el establecimiento de la nueva Iglesia sobre las ruinas de las pasiones conturbadas por el pecado original, y en la institución de los sa-

cramentos. Y todos estos dogmas sacrosantos y tantas obras como de ellos se derivan los creía sin que el Evangelio de Jesús se hubiera aun promulgado, ni hubiera recibido la sanción de los milagros, ni la confesión de los incrédulos, ni la prueba robusta de la estabilidad de esos dogmas por espacio de diez y nueve siglos. Por ello no es extraño que Santa Isabel, mujer de Zacarías, publique la fe de María diciéndola: «Bienaventurada tú que creíste, por que cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.» ¡Qué excelente es esa fe, y como aquieta las vacilaciones de nuestra limitada razón!

Pues bien, A. M.; «si nosotros debemos creer para alcanzar la justificación;» si nuestra alma tiene necesidad de una fuerza sobrehumana para adherirse fuertemente á verdades superiores y antipáticas á nuestra naturaleza sensual, entremos en el estudio de la fe cristiana, y en ella encontraremos la ciencia de Dios y de los hombres que en vano podremos alcanzar con la sola razón humana, como pretende el racionalismo. Nos convenceremos de estas verdades importantísimas luego que os demuestre que la fe cristiana debe interesarlos en gran manera, por que sus verdades se armonizan perfectamente con nuestra razón; porque sus excelencias nos procuran la salvación eterna. La Santísima Virgen María nos ha trazado esta senda con su fe acendrada y debemos seguirla sin vacilar: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Interesemos en nuestro fervor la intercesión poderosa de esta excelsa Señora para que nos alcance luz bastante del trono de Dios, con la que podamos conocer cual es debido las ventajas y excelencia de la fe de Jesucristo que como católicos profesamos, intercesión que nos otorgará María, saludándola reverentemente con el Arcángel.

AVE MARÍA.

I.

¡Cuántas esperanzas, que sublimes ilustraciones, y cuántos consuelos nos prodiga la fe cristiana! A. H. M. Abramos y si no el libro de las divinas enseñanzas en el que Dios nos comunica por la revelacion sus luces y su virtud, y sabremos que «la fe buena hace al alma muy grata á Dios; se complace en la fe, y en la mansedumbre,» leemos en el Eclesiástico. «La fe hace al alma digna habitacion de Dios; se purifica el corazon, y lo adorna de virtudes,» ha dicho San Lucas. «La fe hace que Cristo habite en el corazon de los fieles» nos asegura San Pablo. «La fe dá la potestad y gracia de hacerse y ser hijos de Dios» ha dicho de San Juan. «La fe hace á las almas esposas eternas de Dios,» segun nos ha enseñado el profeta Oseas. Y por último «la fe hace, diré con un escritor, que las almas puedan amar á Dios, dirigirse á Dios, unirse á Dios, adorar á Dios, alabar á Dios, dar gracias á Dios, satisfacer á Dios, y todo dignamente por medio de Jesucristo que es nuestro Pontífice y Mediador, Autor de la gracia, y Consumador de nuestra fe.» Si como fácilmente comprendereis, estas ventajas que la fe nos proporciona son las mas importantes que podemos apetecer, porque dicen relacion á nuestra felicidad verdadera, suprema y única debemos aspirar á creer lo que Dios nos ha revelado, merced á su veracidad, y que la Iglesia como maestra infalible de la verdad, nos propone, debemos, en una palabra, tener fe, y si afortunadamente la tenemos, como estoy convencido de ello, debemos conservarla como el don mas precioso de Dios. Esto no obstante los racionalistas, elevando hasta las nubes la razon humana, divinizando en cierta manera la penetracion y la infalibilidad de esta facultad de nuestra alma, niegan la necesidad de la fe cristiana, desoyen sus celestiales enseñanzas, y pretenden persuadirnos de la repugnancia y contra-

dicion entre esas enseñanzas y las que nos dá la razon. Veamos pues, si podemos armonizarlas entre sí, haciendo entender que nuestra fe sobrenatural es racional, segun esta afirmacion del Apóstol: *rationabile obsequium vestrum.*

Las simples nociones de razon y de fe establecen la armonía, y las relaciones que existen entre una y otra, si desapasionadamente las analizamos, A. H. M. ¿Qué es pues la razon humana? «no es otra cosa, dice Santo Tomás, que un resplandor de la claridad de Dios comunicada á nosotros:» *nihil aliud est ratio naturalis hominis, nisi refulgentia divinæ claritatis in nobis;* «aquella lumbré del rostro del Señor que está sellada en nosotros,» como un don de Dios, segun dice el Real profeta en uno de sus salmos. ¿Qué es la fe de que nos ocupamos? Es un don de Dios, y una virtud sobrenatural por la cual creemos firmemente todo lo que nos enseña la Iglesia, por que Dios lo ha dicho, y es la misma verdad;» así está definida en nuestro Catecismo.

Ahora bien: procediendo la fe y la razon de un mismo y altísimo origen, de Dios, como de fuente viva y perpétua de toda verdad y de todo bien, no hay, ni puede haber contradiccion entre ambas, entre la razon y la fe, como no la hay ni la puede haberla entre rayos distintos que proceden de un mismo foco de luz y de bondad, entre los destellos refulgentes que irradian del sol divino de verdad y de justicia «que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.» Existe ciertamente diferencia, no oposicion, entre la razon y la fe, por que la razon es un don natural, finito é incapaz de comprender por si solo los secretos arcanos de la verdad divina; en tanto que la fe es un don sobrenatural añadido á nuestra naturaleza á la que trasforma y diviniza, cuando es viva y obra lo que enseña, hasta el punto de hacerla partícipe y consorte de la misma infable naturaleza de Dios, como dice el apóstol San Pedro: *ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ.*

Establecidos estos principios inconcusos, A. M., aparece con evidente claridad la insuficiencia de la humana razon que aunque nos enseñe algunas grandes verdades, como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, etc., esta misma razon, siempre inquieta y curiosa, produce infinitos errores, los cuales debilitan y algunas veces tambien se oponen y combaten sus sábias instrucciones; toda vez que la esfera de estos es inmensa, y la razon no puede menos de experimentar por su limitacion dolorosos estravios. Por esto sin duda ha dicho Bayle, á quien los incrédulos escuchan con admirable docilidad: «la razon es un principio de destruccion, y no de edificacion; no vale sino para formar dudas, y volverse hácia todas partes para eternizar una disputa, hacer conocer al hombre sus tinieblas, su impotencia, y la necesidad de una revelacion, esta es la de la Escritura.» Ya no es de estrañar que un célebre filósofo griego, Platon, cansado de las vacilaciones de la razon humana, y de sus perpétuas contradicciones, pronunciase quinientos años antes de Jesucristo estas palabras que los modernos racionalistas no deberán olvidar: «en medio de nuestras incertidumbres, el partido que debemos tomar es esperar con paciencia que venga alguno á instruirnos del modo con que debemos comportarnos con Dios y con los hombres. El que os enseñará estas cosas es el que verdaderamente está solícito de vuestra felicidad:» *necessarium est igitur expectare donec quis doceat quo animo erga deos et homines esse oporteat.*

Pues bien: la fe católica ha venido en apoyo de la razon vacilante, para sostenerla en sus incesantes fluctuaciones, en sus lastimosas dudas, y guiarla con seguridad en la inquisicion de la verdad porque aspira, y en las laboriosas escursiones que hace por el campo de los conocimientos que con avidéz pretende adquirir para reglar las creencias religiosas y los deberes imperiosos del hombre; y viene no para contradecirla, no como un obstáculo á su justo y legí-

timo desarrollo, sino para auxiliarla en sus nobles aspiraciones. Esto es tan cierto como que la fe corresponde á una aspiracion natural de nuestra alma, como que la fe cristiana lleva en si caracteres de verdad capaces de convencer á todo espíritu recto. Por esto no debe admirarnos que Jesucristo la haya exigido de un modo imperioso, que haya hecho de ella una condicion *sine qua non* para la salvacion de todos aquellos á quienes su palabra fuese anunciada: «id por el universo, ha dicho á sus apóstoles; predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará; pero el que no creyere será condenado:» *qui vero non crediderit condemnabitur.*

Y en estas creencias, en esta fe que el supremo Legislador de los hombres impone á todos ellos ¿hay algo que sea contrario á la razon humana? Si lo hubiera, Dios estaria en contradiccion consigo mismo; porque tanto es autor de la fe que prescribe, que de la razon con que ha distinguido al hombre. «Se disputa vivamente, dice á este propósito un escritor eminente, saber si los misterios ó dogmas incomprendibles que la revelacion nos enseña son *contrarios* á la razon, ó si solamente debe decirse que son *superiores* á las luces de la razon. Si la razon fuese la capacidad de conocerlo todo, los misterios serian contrarios á la razon, puesto que allí nada concibe. Pero si nuestra razon no es en el fondo mas que el conocimiento de un pequeño número de objetos, si por otra parte nos vemos obligados á creer una infinidad de hechos tan incomprendibles para nosotros como los misterios de la religion ¿en qué sentido son estos contrarios á la razon?»

Por otra parte; nuestra fe es racional, y lo decimos con satisfaccion, porque está basada en motivos mas sólidos y convincentes que todas las demostraciones filosóficas; está basada en la palabra de Dios propuesta á nosotros por la Iglesia, maestra infalible de la verdad, asistida constante-

mente por el Espíritu Santo, y ya comprendereis que mas convincentes y sólidos son los motivos de nuestra credibilidad apoyados en la autoridad infinita y veneranda de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, que en la autoridad de los hombres siempre propensos al error, y las mas veces apasionados en sus miras. ¡Ah! nuestra fe es racional, aun bajo el sentido de que la razon puede darse cuenta con facilidad maravillosa, y remontarse en pocos pasos hasta Dios, alumbrada por esa antorcha celestial. Corramos, pues, en pos de sus luces inestinguibles, como lo hizo siempre nuestra Santísima Madre María; porque esa fe que alumbrá nuestras inteligencias no solo se armoniza con nuestra razon, sino que con sus excelencias nos procura la salvacion eterna: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

La accion bienhechora de la fe la ha demostrado el apóstol S. Pablo en el capítulo XI de su carta á los hebreos, enumerando los prodigios de esta virtud sobrenatural en Abel y en Henoch, en Noé y en Abraham, en Isaac y en Jacob, en Moyses y en Rahab, en Gedeon, Barac, Sanson, Jephthé, David, Samuel y los profetas. De estos célebres y santos personajes dice: que «por la fe conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas:» *per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones.* Nosotros, H. M., para inspirarnos mas en esa virtud celestial, y teniendo mas particularmente en estos dias por modelo de nuestras virtudes á la Virgen Santísima María, añadiremos á los triunfos de la fe y á sus relevantes glorias, la santidad que esta ha dado á la Señora de nuestros cultos, repitiendo las palabras de su parienta Santa Isabel: «Bienaventurada eres, oh María, porque has creído:» *Beata quæ credidisti.* Las excelencias de esta virtud sublime, no dudad-

lo, intervienen en nuestra salvacion, porque ellas tocan á nuestro corazon, dirigen nuestras obras y nos sostienen en nuestras aflicciones para encaminarnos á la santidad.

Nadie desconoce A. H. M., que el orgullo es la grande y funesta herida que el pecado abrió en nuestro corazon. «Se-reis como dioses,» se dijo por el espíritu del mal á nuestros primeros padres en el paraíso, á fin de inclinarlos á la desobediencia y á la apostasia; y nuestros primeros padres prestaron oídos á esa palabra seductora que llegó á engreirlos, que los hizo orgullosos. Este orgullo satánico ha sido y viene siendo el funesto legado de la descendencia de Adán. Las generaciones que se suceden sin interrupcion vienen inficionadas con este virus de muerte y condenacion que tantos estragos ha hecho en la familia humana, lo mismo en el órden religioso que en el social, lo mismo en las familias que en los individuos; y tanto es así, que el anciano Tobias decia á su buen hijo creyendo estar cercano á la muerte: «No permitas jamás que reine la soberbia en tus sentimientos ó en tus palabras, porque en ella tuvo principio toda perdicion;» ella es el principio y fué el origen de la perdicion y ruina de los ángeles y de los hombres: *in ipsa enim initium sumpsit omnis perditio.*

Pues bien; si el hombre, lo mismo que las sociedades, se pierden por el orgullo, Jesucristo nuestro Señor, que «ha venido á restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra,» para curar esa pasion furiosa ha querido encadenar el espíritu altivo del hombre bajo el yugo suavísimo de la fe, obligándole á creer verdades que no podia comprender y que se ha dignado revelarle, y creyéndolas le ha prometido la vida eterna: *amen, amen dico vobis, qui credit in me habet vitam æternam.* «Con este motivo, dice un escritor, haciéndonos conocer á cada instante nuestra extrema flaqueza, nos coloca en el camino de la humildad; y esta es el puerto de la razon, donde Dios la espera para comunicarse